

Agatha Christie®

Una de las novelas de las que
AGATHA CHRISTIE
se sentía más orgullosa

LA CASA TORCIDA



AGATHA CHRISTIE

La casa torcida

Traducción de Stella de Cal



Crooked House Copyright © 1949 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, CROOKED HOUSE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie®

Traducción de Stella de Cal

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-670-5055-4

Depósito legal: B. 16.271-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

Conocí a Sophia Leonides en Egipto, cuando acabó la guerra. Ocupaba un puesto administrativo bastante importante en uno de los departamentos de la delegación del Ministerio de Asuntos Exteriores en El Cairo. La conocí primero por su cargo oficial y pronto pude apreciar la eficiencia que la había llevado hasta aquel puesto a pesar de su juventud: en aquella época sólo contaba veintidós años.

Además de una apariencia muy agradable, tenía la mente clara y un afilado sentido del humor que me encantaba. Nos hicimos amigos. Resultaba muy fácil hablar con ella y disfrutamos mucho las veces que salimos juntos a cenar o a bailar.

Todo esto ya lo sabía. Lo que no supe hasta que me destinaron a Oriente, cuando acabó la guerra europea, fue que amaba a Sophia y que quería casarme con ella.

Estábamos cenando en Shepherd's cuando fui consciente de ello. No me sorprendió, al contrario: reconocí un hecho que me era familiar desde hacía tiempo. La miré con ojos distintos, pese a que conocía a la perfección lo que tenía ante mí. Todo en ella me gustaba: el cabello oscuro y rizado, que brotaba orgulloso de su frente; el azul brillante de sus ojos; la pequeña barbilla cuadrada y luchadora; la nariz recta. También su traje gris claro, hecho a medida, y la impecable blusa blanca. Era encantadoramente inglesa, algo que me atraía mucho después de

tres años sin ver mi tierra natal. Nadie, pensé, podría ser más inglés. Y en ese momento me planteé si Sophia era tan inglesa como parecía. ¿La realidad es tan perfecta como una obra de teatro?

Me di cuenta de que, a pesar de la confianza con que nos tratábamos, discutiendo nuestras ideas, lo que nos gustaba y lo que no, el futuro, las amistades y los conocidos comunes, Sophia nunca había mencionado su casa ni a su familia. Ella conocía todo lo referente a mí —sabía escuchar a los demás—, pero yo no sabía nada de ella. Supuse que debía de tener un pasado normal, aunque nunca había hablado de ello. Y hasta este momento no me había dado cuenta.

Sophia me preguntó en qué estaba pensando.

Yo le dije la verdad:

—En ti.

—Comprendo —respondió. Y pareció como si fuera sincera.

—Puede que no nos veamos en un par de años —añadí—. No sé cuándo volveré a Inglaterra. Pero cuando lo haga, lo primero que haré será ir a verte para pedirte que te cases conmigo.

Me escuchó sin pestañear. Estaba allí sentada, fumando, sin mirarme.

Durante unos segundos me impacienté, temiendo que no me hubiera entendido. Entonces proseguí:

—He decidido no pedirte que te cases conmigo ahora. No funcionaría. Primero, puede que me dieras calabazas, y entonces sería muy desgraciado y probablemente me ataría a alguna mujer repugnante para curar mi vanidad. Y si no me rechazaras, ¿qué íbamos a hacer? ¿Casarnos y separarnos de inmediato? ¿Prometernos y soportar una larga espera? No consentiría que hicieras esto. Podrías encontrar a otro hombre y sentirte obligada a ser «leal» conmigo. Hemos vivido en un extraño

ambiente febril, donde todo ha habido que hacerlo cuanto antes. Los matrimonios y los asuntos amorosos se han hecho y deshecho a nuestro alrededor. Me gustaría saber que has vuelto a casa, libre e independiente, para mirar en torno a ti, formarte una opinión de este mundo de posguerra y decidir qué quieres. Lo que hay entre tú y yo, Sophia, tiene que durar. No me interesa otro tipo de matrimonio.

—Tampoco a mí —afirmó ella.

—Por otra parte —dije—, creo que tengo derecho a decirte..., bueno, a decirte lo que siento.

—Pero sin lirismos innecesarios, ¿verdad? —murmuró Sophia.

—Querida, ¿no lo entiendes? He intentado no decirte que te quiero.

Me detuvo.

—Lo entiendo, Charles. Y me gusta tu manera de hacer las cosas, tan divertida. Puedes venir a verme cuando vuelvas, si aún deseas hacerlo.

Me tocó a mí el turno de interrumpirla.

—Sobre eso no tengas ninguna duda.

—Siempre hay dudas, Charles. Puede haber factores imprevistos que lo echen todo a rodar. Para empezar, no sabes mucho sobre mí, ¿verdad?

—Ni siquiera sé dónde vives en Inglaterra.

—Vivo en Swinly Dean.

Asentí al oír el nombre del conocido barrio de las afueras de Londres, que se enorgullece de sus tres excelentes campos de golf para los financieros de la ciudad.

Sophia añadió con suavidad, en un murmullo:

—«*En una casita torcida*»...*

* Alusión a una conocida canción infantil, que reproducimos y traducimos literalmente. El original inglés dice así:

There was a crooked man and he went a crooked mile. He found a crooked

Debí de mostrar mi asombro porque ella pareció divertida y se explicó, completando la cita:

—... «*y todos vivieron juntos en una casita torcida*». Así somos nosotros. No es que la casa sea pequeña. Pero está torcida, llena de arcos ojivales y vigas de madera.

—¿Tienes mucha familia? ¿Hermanos?

—Un hermano, una hermana, mi madre, mi padre, un tío, una tía política, un abuelo, una tía abuela y una bisabuela.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, un tanto abrumado.

Ella se rio.

—Aunque por lo general no vivimos todos juntos. La guerra y los bombardeos nos han reunido. Pero no sé —frunció el entrecejo, pensativa—, puede que espiritualmente la familia haya vivido siempre unida, bajo la protección y la mirada de mi abuelo. Tiene una gran personalidad. Es todo un personaje. A pesar de sus más de ochenta años y de su metro cuarenta y cinco de altura, a su lado todos parecen poca cosa.

—Debe de ser una persona muy interesante —aventuré.

—Es un tipo interesante. Es griego, de Esmirna. Se llama Aristide Leonides. —Y añadió con un guiño—: Es inmensamente rico.

—¿Crees que quedará algún rico cuando todo esto acabe?

—Mi abuelo seguirá siendo rico —afirmó Sophia muy convencida—. Por mucho que expriman a los ricos con

sixpence beside a crooked stile. He had a crooked cat which caught a crooked mouse. And they all lived together in a little crooked house.

(Érase un hombre torcido que anduvo una milla torcida. Encontró seis peniques torcidos junto a un portillo torcido. Tenía un gato torcido que cogió un ratón torcido, y todos vivieron juntos en una casita torcida.)

En esta rima se juega con la palabra *crooked*, que tiene el doble significado de «torcido» y «deshonesto». (N. de la t.)

impuestos, a él no lo tocarán. Será él quien exprima a los exprimidores.

Tras una corta pausa, añadió:

—Me pregunto si te gustaría.

—¿Te gusta a ti? —pregunté.

—Más que nadie en el mundo —dijo Sophia.

2

Habían pasado más de dos años cuando volví a Inglaterra. No fueron fáciles. Escribía a Sophia y con frecuencia recibía cartas suyas. Éstas, al igual que las mías, no eran cartas de amor, sino misivas escritas por unos buenos amigos que exponen sus ideas y pensamientos, y comentan su día a día. Sin embargo, por lo que a mí respectaba, y creo que a Sophia le ocurría lo mismo, lo que sentíamos el uno hacia el otro creció y se hizo más fuerte.

Regresé a Inglaterra un apacible y gris día de septiembre. Las hojas de los árboles parecían de oro a la luz del atardecer y el viento soplaba juguetón. Desde el aeropuerto, envié un telegrama a Sophia:

Acabo de llegar. ¿Cenas conmigo esta noche en Mario's, a las nueve? Charles.

Un par de horas más tarde estaba sentado leyendo *The Times* y al llegar a la columna de nacimientos, bodas y defunciones me llamó la atención el nombre de Leonides:

El 19 de septiembre, en Three Gables, Swinly Dean, falleció Aristide Leonides, amado esposo de Brenda Leonides, a los 87 años. Su muerte ha sido muy sentida.

Inmediatamente después había otra pequeña esquela:

LEONIDES: en su residencia Three Gables, Swinly Dean, ha fallecido Aristide Leonides. Muy querido por sus amantes hijos y nietos. Flores a la iglesia de St. Eldred, Swinly Dean.

Me sorprendió que hubiera dos esquelas. Debía de tratarse de un error del diario. Pero mi mayor preocupación era Sophia. Sin perder tiempo, le mandé un segundo telegrama:

Acabo de enterarme de la muerte de tu abuelo. Lo siento mucho. Dime cuándo puedo verte. Charles.

A las seis recibí un telegrama suyo en casa de mi padre. Decía así:

Estaré en Mario's a las nueve. Sophia.

La idea de verla me puso muy nervioso y me entusias mó a la vez. El tiempo pasaba con desesperante lentitud. Veinte minutos antes de la hora señalada ya estaba en Mario's, esperando. Ella sólo se retrasó cinco minutos.

Siempre produce impresión encontrarse de nuevo con una persona a quien no se ha visto desde hace mucho y que, sin embargo, ha estado muy presente en nuestra imaginación. Cuando Sophia apareció por la puerta giratoria, nuestro encuentro se alejó de la realidad. Iba vestida de negro, y eso, por alguna extraña razón, me sobresaltó. La mayoría de las mujeres llevaban vestidos negros, pero lo suyo era luto, y me sorprendió que fuese de las personas que llevan luto, aunque lo hiciera por un pariente próximo.

Tomamos unos cócteles y después fuimos a nuestra mesa. Hablamos deprisa y febrilmente, preguntando por los antiguos amigos de nuestros días en El Cairo. Era una conversación artificial, pero nos sirvió para vencer la timidez inicial. Le di el pésame por la muerte de su abuelo y Sophia

dijo con voz queda que había sido «muy repentina». Volvimos a nuestros recuerdos y yo empecé a ponerme nervioso. Algo ocurría, algo, quiero decir, que no tenía nada que ver con la incomodidad natural de los primeros momentos del encuentro. Algo raro le sucedía a Sophia, algo muy extraño. ¿Iba a decirme que había encontrado a otro hombre a quien quería más de lo que me había querido a mí? ¿Que lo que había sentido por mí sólo había sido «un error»?

Sin saber por qué, deduje que no era eso, aunque no imaginaba qué podía ser. Mientras tanto, continuamos con nuestra charla insustancial.

Y entonces, de pronto, cuando el camarero dejaba el café en la mesa y ya se retiraba con una inclinación, las aguas volvieron a su cauce. Allí estábamos, juntos Sophia y yo, como tantas otras veces, sentados ante una mesa en un restaurante. Era como si nunca hubieran existido los años de separación.

—¡Sophia! —exclamé.

Y ella respondió inmediatamente:

—¡Charles!

Suspiré aliviado.

—¡Gracias a Dios que todo ha acabado! ¿Qué nos estaba pasando?

—Es culpa mía. Soy una estúpida.

—Pero ahora todo va bien, ¿verdad?

—Sí, ahora todo va bien.

Sonreímos.

—¡Querida! —dije, y añadí—: ¿Cuándo te casarás conmigo?

Su sonrisa se desvaneció. Allí estaba otra vez aquello, fuera lo que fuese.

—No sé. Charles, no estoy segura de que pueda casarme contigo.

—Pero ¡Sophia! ¿Por qué no? ¿Es que te parezco un extraño? ¿Necesitas tiempo para acostumbrarte a mí? ¿Hay

alguien más? No... —Me callé de repente—. Soy un estúpido. No es por nada de esto.

—No, tienes razón. —Negó con la cabeza. Yo esperé. Ella añadió en voz baja—: Es por la muerte de mi abuelo.

—¿La muerte de tu abuelo? ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay en que haya muerto tu abuelo? No querrás decir que..., no imaginarás que... ¿es por dinero? ¿Es que no ha dejado dinero? Querida mía, comprenderás que...

—No es cuestión de dinero. —Me dirigió una sonrisa rápida—. Creo que no tendrías inconveniente en cargar conmigo sólo con lo puesto. Además, mi abuelo jamás tuvo problemas de dinero.

—Entonces ¿qué ocurre?

—Es su muerte en sí. Verás, Charles, no es el hecho de que haya muerto. Creo que quizá lo hayan matado.

La miré atónito.

—¿Qué idea tan absurda! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—No se me ha ocurrido. Para empezar, el médico se comportó de una forma un tanto extraña. No quiso firmar el certificado de defunción. Y le harán la autopsia. Está claro que sospechan de algo anormal.

No se lo discutí. Sophia era muy inteligente y podía confiar en sus conclusiones. En vez de eso, le dije con sinceridad:

—Puede que sus sospechas sean del todo injustificadas. Pero, dejando esto aparte, y suponiendo que haya un motivo, ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

—Puede tenerlo, según las circunstancias. Tú estás en el cuerpo diplomático, y ya sabes que son exigentes respecto a las esposas. No, por favor, no digas lo que estás pensando. Crees que estás obligado a decirlo, sé que lo sientes, y en teoría estoy de acuerdo. Pero soy terriblemente orgullosa. Quiero que nuestro matrimonio sea algo bueno, conveniente para los dos, y no que se convierta en un sacrificio de amor. Y, como te digo, puede que todo salga bien.

—¿Quieres decir que quizá el médico se haya equivocado?

—Aunque no se haya equivocado, no importa, con tal de que el asesino sea quien debe ser.

—¿A qué te refieres, Sophia?

—Es horrible decir esto, pero prefiero ser sincera.

Se anticipó a mis palabras.

—No, Charles, no voy a añadir nada más. Puede que ya haya hablado demasiado. Pero he preferido venir personalmente a explicártelo. No podemos decidir nada hasta que este asunto se haya aclarado.

—Al menos dime de qué se trata.

Ella meneó la cabeza.

—No quiero.

—Pero, Sophia...

—No, Charles. No quiero que nos veas desde mi punto de vista. Quiero que nos veas sin prejuicios, desde fuera.

—¿Y cómo voy a hacerlo?

Me miró con una luz extraña en sus ojos azules.

—Tu padre te lo dirá.

En El Cairo le conté a Sophia que mi padre era ayudante del comisionado de Scotland Yard. Todavía ocupaba aquel puesto. Al oír sus palabras, sentí que un peso caía sobre mí.

—¿Tan grave es?

—Eso creo. ¿Ves a aquel hombre que está sentado cerca de la puerta, un tipo guapo, tranquilo, con aspecto de militar retirado?

—Sí.

—Estaba en el andén de Swinly Dean cuando he cogido el tren.

—¿Quieres decir que te ha seguido hasta aquí?

—Sí. Creo que estamos todos..., ¿cómo se dice?, bajo vigilancia. Dieron a entender que haríamos bien en no dejar la casa. Pero yo tenía que verte. —Su pequeña barbilla cua-

drada se adelantó—. He salido por la ventana del cuarto de baño y me he deslizado por el tubo del desagüe.

—¡Querida!

—Aunque los policías son muy eficientes. Y además está el telegrama que te he mandado. Bueno, no importa, estamos aquí, juntos. Pero de ahora en adelante tendremos que actuar por separado. —Hizo una pausa y añadió—: Por desgracia, no hay duda de que nos queremos.

—No hay la menor duda. Y no digas «por desgracia». Hemos sobrevivido a una guerra mundial, nos hemos librado milagrosamente de una muerte repentina en muchas ocasiones y no veo por qué la muerte de un anciano... Por cierto, ¿qué edad tenía?

—Ochenta y siete años.

—Sí, es cierto. Lo decía *The Times*. Si quieres que te diga lo que pienso, creo que murió de viejo, y cualquier médico respetable lo aceptaría.

—Si hubieses conocido a mi abuelo —replicó Sophia— te habría sorprendido que pudiera morir de nada, fuera de lo que fuese.